

El rostro humano de la migración

—» CARLOS CASTILLO

Ciudad de México, 1978. Director editorial y de cooperación institucional de la Fundación Rafael Preciado Hernández. Integrante de la Organización de Consultores Políticos de Latinoamérica. Director de la revista *Bien Común*.

Camino versus muralla: bosquejos históricos

La búsqueda de mejores oportunidades de desarrollo, de crecimiento personal y colectivo, de mejor calidad de vida e incluso de supervivencia han sido factores característicos de la migración en todas las épocas y desde que la humanidad está presente en nuestro planeta.

De la tribu nómada previa a la agricultura y hasta aquel que se embarca para atravesar un mar que en la costa opuesta ofrece una alternativa mejor a la que deja atrás, el hombre



Cartas de la familia

Foto: Archivo de la familia Neitzert en Uruguay

ha recorrido el mundo y lo ha poblado, lo ha civilizado no solo en el sentido de construir una civilización sino, además, en el que tiene que ver con la mezcla racial, con las culturas que se abren por voluntad o son abiertas por la fuerza para recibir al diferente, al otro, al que sin búsqueda de conquista o imposición busca asentarse en un lugar distinto al que lo vio nacer.

Esta tendencia al desplazamiento, que bien podríamos llamar natural en la historia de la humanidad, prevalece hasta nuestros días y se manifiesta en hechos que hoy podrían parecer incluso parte de la ciencia ficción, y que tienen que ver con la exploración de otros planetas, con la búsqueda de condiciones físicas y químicas similares a las de la Tierra: no es casualidad que la búsqueda principal en Marte sea la de agua, porque es el elemento

que permitiría, en un futuro, posibles asentamientos humanos que, al final de cuentas, serían también la repetición de ese mismo hecho de migrar hacia nuevas tierras, hacia nuevos horizontes a través de peligros inherentes a todo camino y con la esperanza de hallar una nueva tierra donde poderse asentar.

La movilidad ha sido pues un rasgo distintivo del hombre y, tal como lo demuestra Jacques Attali,¹ cada vez lo pone más a merced de la tecnología, que nos permite hacer portátil buena parte de nuestra existencia: comprimirla en un espacio etéreo y acceder a ella a través de dispositivos cada vez más pequeños, fáciles de transportar.

Así, acudimos a una época en la que si bien las comunicaciones físicas y no físicas se encuentran en un estadio de avance y modernización sin precedentes —trenes de alta velocidad, redes de carreteras, rutas aéreas, etcétera—, también los controles, las fronteras, la vigilancia y todas esas manifestaciones del miedo y la cerrazón aprovechan esos avances de la ciencia para levantar muros, para custodiar lindes, para entorpecer el paso de una humanidad que asume como riesgo lo que desde siempre ha sido una enorme oportunidad.

1 Este autor francés de origen argelino estudia, en *El hombre nómada* (Luna Libros, 2010), la movilidad que vuelve a hermanar al hombre del presente con sus antepasados más lejanos, así como los grandes avances que durante la etapa nómada fueron descubiertos y que hoy facilitan el desplazamiento humano.

La historia demuestra, en ese sentido, que las grandes civilizaciones, los grandes imperios, han sido aquellos que, por principio, contaban con puertos abiertos, que recibían al que llegaba de fuera y eran capaces de incorporarlo y asimilarlo, de convertirlo en parte del nuevo lugar, de aprovechar su conocimiento, de aprehender lo diferente para sumarlo e integrarlo a lo precedente.

Esta característica, además, tiene su manifestación más clara en la gran infraestructura destinada para este fin: Grecia y el puerto del Pireo, las obras de ingeniería civil (caminos y puentes) del Imperio romano, las rutas de peregrinos de la Edad Media (en palabras de Goethe, Europa se construyó caminando hacia Santiago de Compostela); las escuelas de traductores de la España medieval, Bizancio, su resguardo del saber de Oriente y la migración de sabios hacia Venecia que es parte de los orígenes del Renacimiento; el *imperio donde no se ponía el sol* de Felipe II, la colonización de América en todas sus latitudes, la Alemania del romanticismo que dio al viaje, al camino, a la trashumancia, un valor que colmó incluso la pintura o la literatura; Inglaterra y su colonización, la Francia de entreguerras e incluso, un poco antes, aquel símbolo de la construcción de los Estados Unidos del siglo xx que es Ellis Island y su imagen más notoria, la Estatua de la Libertad... Todo apunta a que cuando la apertura, la aceptación y la generosidad se cultivan como valores supremos de la humanidad, las civilizaciones tienden a mejorar, a enriquecerse, a proyectarse desde el presente para así ir delineando el futuro.

En contraparte, la muralla, el gueto, la expulsión o su muy eufemístico nombre de *deportación*, el control migratorio, los visados y otras formas de escollar, cuando no evitar y anular el contacto con el otro, son símbolos que atentan contra la dignidad humana, que la someten a la duda, a la desconfianza, manifestaciones del miedo, por no decir terror, que provoca aquel que se desconoce y que, por principio, no se desea conocer; la muralla medieval o la alambrada de púas son pues manifestaciones del mismo primigenio pavor que provoca lo ajeno, de la sospecha a ser invadido y conquistado, de asumir al que llega como un riesgo y bajo una negación a priori de la riqueza que puede traer consigo.

La tendencia, empero, a la cerrazón o a la apertura, marca de este modo la historia de nuestra especie, sus altas cimas y sus abismos más oscuros y nefastos, sus momentos más gloriosos y sus ruinas más vergonzosas e infames. Esa tendencia es, hasta nuestros días, un vaivén constante que como el hombre mismo, no es estático y ofrece, en la segunda década del siglo xxi, panoramas tan desalentadores como alentadores, extremos tan opuestos en los que vale la pena ahondar para entender, para explicar, para imitar o, por desgracia, para dejar atrás.

Del siglo xx al xxi: hechos puntales

La caída del muro de Berlín implicó el inicio de una época nueva. Aires de libertad, de apertura y de pacifismo

surcaron el mundo y eran perceptibles en numerosas manifestaciones: la música, el cine, el atuendo... Se relajaban las costumbres de manera abierta y en ocasiones hasta flagrante, se llegaba al extremo opuesto de un mundo cerrado en sí mismo, a la defensiva, para dar paso a un tiempo de optimismo, confianza y apertura. (Algunos rescoldos del pasado aún dejaban, no obstante, sentir que no todo estaba resuelto: la guerra de los Balcanes pretendía conservar por la fuerza aquello que buscaba dividirse por clamor popular, en contraste con la Checoslovaquia de Hável, que se partía pacíficamente en dos evitando así el baño de sangre que ocurrió bajo el yugo de Milosevic).

Ese sentimiento duraría, por desgracia, poco, apenas una década. La caída de las torres gemelas en Nueva York el 11 de septiembre de 2001 volvió a levantar muros y controles ahí donde se había ya avanzado en abrir el libre tránsito. Estados Unidos y luego España, Inglaterra y Holanda padecieron las consecuencias terribles e infames de quienes aprovecharon la relajación de la seguridad y el paso libre entre fronteras para atentar de manera cobarde y vil contra la población indefensa. Visos o manifestaciones claras de intolerancia, un miedo al otro y a lo diferente se instalaron de un día para otro en buena parte de Occidente, intentando echar por tierra aquello en lo que ya se había avanzado diez años atrás, demostrando que aún había mucho por hacer en el sentido de construir un orden mundial que equilibrara las enormes diferencias existentes entre distintas regiones del mundo.

» Todo apunta a que cuando la apertura, la aceptación y la generosidad se cultivan como valores supremos de la humanidad, las civilizaciones tienden a mejorar, a enriquecerse, a proyectarse desde el presente para así ir delineando el futuro «

Entretanto, el discurso del terror alcanzó incluso para que George W. Bush fuera reelegido como presidente de su país, pero no fue suficiente para prolongar una invasión que apenas podía justificarse, para sostener detenciones arbitrarias o para ocultar torturas que salían a la luz en zonas al margen de toda jurisdicción internacional: del sentimiento de un país que había sido atacado se pasó, en unos años, a la solidaridad hacia quienes padecían vejaciones y abusos, a la búsqueda de un modo —nunca sencillo, nunca por la vía rápida ni corta— de conciliar libertad y seguridad, debate que hasta nuestros días sigue siendo puntal y determinante para el futuro de la humanidad.

La extensión de los derechos fundamentales que ha marcado nuestro tiempo tiene su correlato, precisamente, en el modo en que es posible garantizar de manera global el acceso a la salud, al trabajo, a la vivienda, al alimento; la migración, en ese sentido, se transforma y amplía sus categorías porque ya no solo se trata de seres humanos que huyen de una guerra,



Familia inmigrante
de Turingia en Colonia,
Uruguay, en 1933

Foto: Archivo de la familia
Neitzert en Uruguay

sino además de personas en busca de ejercer su derecho al acceso a mejores condiciones de vida. Las grandes fronteras naturales son el escenario de un drama que desde hace décadas, pero gracias a la prensa y a la rápida difusión de las información y de las nuevas tecnologías, ha empezado a mostrar cada vez el sacrificio que representa para mujeres y hombres esa decisión de abandonarlo todo y arriesgarse a emprender un camino que no tiene certeza de un buen final.

Así, el Mediterráneo entre Europa y África; el desierto entre el Medio Oriente y Europa, o entre México y Estados Unidos, antaño fronteras naturales, son atravesadas a diario sin importar el riesgo o el peligro que pueda encontrarse. Y no hay seguridad, muro, alambrada o distancia que lo impida: pateras, caminatas por el desierto, traficantes de personas, trenes que son abordados y van de Centroamérica hacia el norte, frágiles barcas, contenedores de carga. Cualquier medio es válido, ningún obstáculo es capaz de

contener: la esperanza es impulso para superar escollos, para intentarlo una vez más, para pasar por encima o por debajo de cualquier límite.

La condición humana

La respuesta natural ante un problema de seguridad, ante el riesgo o el miedo, tiende a ser el repliegue. Las personas, ante una eventualidad, se vuelven sobre sí mismas, sobre lo conocido, lo familiar, lo propio; de igual modo, los países tienden a ello cuando esos factores afectan el interés común. Cuando esa cerrazón, además, llega al plano político y se utiliza como parte del discurso, la línea que divide a la precaución de la xenofobia es sumamente frágil. El caso de Bush ante el ataque en Nueva York es claro ejemplo de ello: nos sentimos vulnerados, nos cerramos a lo ajeno en una aparente sensación de protección, excluimos o sospechamos de lo diferente e incluso provocamos estados de excepción llamados *patrióticos* que jus-

tifican la vulneración de los derechos fundamentales.

Esta respuesta, si bien es parte de los instintos más básicos de conservación, no puede ser la que rijan un mundo en el que la guerra impulsa a otros seres humanos a huir; no puede, mucho menos, ser adoptada como política de un país cuando el hambre es la que empuja a la búsqueda de mejores oportunidades; tampoco puede ser la que prevalezca cuando la miseria es la que lleva a abandonar lo propio para conseguir salvar la vida. Apelar a un nacionalismo simplista en nombre de la protección frente a los otros es un arma de doble filo porque sus consecuencias son impredecibles, y van totalmente en contra de la mínima solidaridad que debe distinguir a quienes se encuentran en situación de ventaja, de bienestar o de paz.

El discurso de Angela Merkel en la Eurocámara, el pasado 7 de octubre, es esclarecedor en ese sentido: «Necesitamos más Europa, no menos; todos los países deben responsabilizarse de la llegada de los refugiados sin caer en el nacionalismo».² Las palabras de la canciller alemana van en el mismo sentido de sus declaraciones de unos meses a la fecha, ante la llegada masiva de personas provenientes de Siria que huyen de la guerra, un conflicto que ha generado, solo en los cuatro primeros meses de 2015, 700.000 refugiados, que se suman a los más de cuatro millones registrados ya por Naciones Unidas, y

que representan a cerca de la mitad de la población de ese país que se encuentra en condiciones de alguna forma de desplazamiento forzado.³

La congruencia de Merkel es absolutamente fiel a la mejor tradición europea y alemana del siglo xx: la apertura, la voluntad de recibir y albergar, la decisión de ser un rescoldo de esperanza en lugar de un muro ante el cual toparse después de una ingrata travesía. La solidaridad demostrada por sus acciones va desde el esfuerzo por convencer a los demás países miembros de la Unión Europea de ampliar sus cuotas de refugiados, hasta hacer lo propio en Alemania, que cuadruplicó la cifra propia del año 2014 hasta alcanzar los 800.000. No ha sido, por desgracia, la actitud de otros miembros de la Unión, como España y Hungría, bajo argumentos que tienen que ver con ese nacionalismo, con la economía, con lo electoral o lo político, con la representación supuesta de voces populares que en no pocas ocasiones han manifestado en las calles su deseo de recibir emigrantes en sus propias casas.

Cabe destacar que la solicitud de ampliar las cuotas de emigrantes por país responde a una situación de emergencia como la que se vive hoy día, y es la solución que respalda de igual modo el presidente francés François Hollande. Se apela, así, en última instancia, a la responsabilidad común frente a una crisis humanitaria, pero no solo a la que llena los discursos de

2 Claudi Pérez, «Berlín y París alertan del riesgo de las respuestas nacionalistas ante la crisis», *El País*, 8.10.2015.

3 Hugh Eakin y Alisa Roth, «Syria: The Threat of Indifference», *The New York Review of Books*, 6.8.2015.

frases emotivas y deja vacíos los contenidos, sino aquella que, por el contrario, asume medidas muchas veces no del todo populares en aras de un bien mayor. La política del mediano y largo plazos, que deja de lado la miopía de quien sólo piensa en las siguientes elecciones o en los índices de popularidad, para elevarse por encima de lo anecdótico y demostrar que la solidaridad, ese tan sublime y elevado valor del humanismo, debe ser parte sustancial de los gobiernos del mundo.

Esa actitud, además, implica que ese miedo a lo ajeno, al que llega, al otro, sea vencido y tomado como una oportunidad. El emigrante no como una carga sino como parte del impulso que los propios países requieren en los aspectos humanos, sociales y económicos. Esa riqueza del extranjero que se inserta en una nueva sociedad y suma al país que lo recibe sus tradiciones, su conocimiento, su mano de obra, componiendo así esa diversidad que es el mosaico de civilizaciones, no entendidas como choque sino asumidas y encauzadas como parte fundamental de la mundialización. Los discursos de cerrazón y de rechazo caen poco a poco en cada uno de sus argumentos; incluso el económico, en el sentido de que la fuerza laboral migrante puede desplazar a los trabajadores locales, cede a la realidad: según un ensayo publicado por *Foreign Affairs*,⁴ ha quedado de sobra demostrado que el dinamismo

económico de los países se activa con la llegada de inmigrantes, que impulsan con su presencia la competitividad, la búsqueda de mejor educación de los nativos, la capacidad creativa y emprendedora, entre otros aspectos. El reto, en ese sentido, reside en que las políticas de recepción e integración sean adecuadas para lograr esas metas: el Reino Unido, la propia Alemania o Canadá son prueba inequívoca de esta realidad: «La migración ofrece claras ventajas, pero los políticos hablan por los intereses nacionales y a veces hasta regionales, no por los objetivos mundiales. Esta es quizá la razón por la que muchos líderes de Europa han tenido tantas dificultades para responder a una crisis que, manejada de manera adecuada, podría incrementar con creces el bienestar global».⁵

El siglo XXI tiene en la migración, ya sea legal o no, una de sus más impactantes realidades, un fenómeno que es a su vez manifestación de la enorme disparidad en la distribución de la riqueza, de la desigualdad en los avances logrados entre países, de los retos que en el mantenimiento de la paz y la defensa de los derechos humanos quedan aún pendientes de resolver. Solo atajando y solucionando estos tres distintivos de nuestros días será posible poner un freno, por lo que, al menos en el mediano plazo, seguirá formando parte del escenario global, demostrando a su vez que es parte sustancial de nuestro presente y factor determinante de nuestro futuro.

4 Sebastian Mallaby, «Net Benefits. How to Understand the Economic Impact of Migration», *Foreign Affairs*, 28.9.2015.

5 O. cit., traducción del autor.

Las cifras son claras y muestran que no cesará pronto la migración alrededor del mundo: la Agencia de la ONU para los Refugiados estimó que, para finales de 2014, cerca de sesenta millones de personas alrededor del mundo han sido desplazadas, por razones de persecución, conflictos bélicos o violaciones a los derechos humanos, de los cuales veinte millones se encuentran como refugiados. A esto hay que añadir a quienes emigran por hambruna, pobreza o desastres mediambientales, que representan, de manera potencial, una séptima parte de la humanidad (más de mil millones de personas), que viven con menos de USD 1,25 al día.⁶

En resumen: habrá migración por mucho tiempo, y esto, más allá de lo que la motiva, debe ser aprovechado por los países receptores, en beneficio equilibrado entre quienes llegan y quienes los reciben. No puede hablarse del extranjero como de otra clase de persona sino, por el contrario, partir del hecho de que es un ser humano igual a cualquier otro, merecedor obligado de derechos y ejerciente de obligaciones, con el único y cruel agravante de que debió dejar de manera obligada su lugar de origen. Hacen falta generosidad y un alto sentido humano, así como gran visión de futuro, para asumir una postura como la de Angela Merkel. No hay razones para esperar que imágenes como la de un niño migrante ahogado en las costas turcas sacuda, por su crudeza, por su injusticia, por su in-

«La política del mediano y largo plazos, que deja de lado la miopía de quien sólo piensa en las siguientes elecciones o en los índices de popularidad, debe ser parte sustancial de los gobiernos del mundo»

humanidad, la conciencia colectiva al respecto: esa imagen se repite todos los días, mientras se escriben estas líneas, mientras usted las lee, antes de imprimirse esta revista o cuando termine la lectura. Y seguirán sucediendo. Solo una solidaridad como la que propone el humanismo puede construir una política sustentada en valores universales, solidaridad capaz de entender al otro como uno mismo, solidaridad acorde para construir con éxito el destino común de la humanidad.

Bibliografía

- ATTALI, Jacques (2010). *El hombre nómada*, Buenos Aires, Luna Libros.
— (1994). *Europe(s)*, París, Fayard.
BAUMAN, Zygmunt (2015). *Vidas desperdiciadas*, México, Paidós.
HABERMAS, Jürgen (1997). *Más allá del Estado nacional*, Madrid, Trotta.
TODOROV, Tzvetan (2008). *El miedo a los bárbaros*, Madrid, Galaxia Gutenberg.

6 Michael S. Teitelbaum, «The Truth About the Migrant Crisis», en *Foreign Affairs*, 14.9.2015.